

Aquí estoy, envíame

Ambientación

“Aquí estoy, envíame” es la expresión que brota del corazón de un testigo que tras haber saboreado el encuentro con el Señor está dispuesto a poner todo a disposición del Reino y a ser enviado a la misión.



La fuerza de los testigos sostiene a la Iglesia y hace presente la predilección de Dios por los hombres. Muchas veces a los testigos los tenemos cerca pero no somos capaces de descubrirlos y es que mucha gente, desde el silencio y el anonimato, hace explícita una fe madura, de raíces hondas.

Somos invitadas a contemplar el rostro de algunos hombres y mujeres de nuestro tiempo, que también resplandece como el de Moisés por esos momentos de encuentro con el Señor, que transforman la realidad y la forma de acoger la vida de los otros. De esta manera discreta, profunda y valiente las Hijas de la Caridad enviadas por la Compañía a la misión ad gentes entregan cada día la vida por los pobres, apoyadas y sostenidas por el Señor, a quien un día dijeron: *Aquí estoy, envíame*.

En esta oración contaremos con el testimonio sencillo de los testigos, entre ellos, el de Sor Begonia y Sor Mar, Hijas de la Caridad destinadas en la misión de Angola.

Canto: “Envía, Señor, tu Espíritu,
que renueve nuestros corazones”

Nos dice el Papa Francisco:

En este año, marcado por los sufrimientos y desafíos causados por la pandemia del COVID-19, el camino misionero de toda la Iglesia continúa a la luz de la Palabra que encontramos en el relato de la vocación del profeta Isaías: «Aquí estoy, envíame» (Is 6,8). Es la respuesta siempre nueva a la pregunta del Señor: «¿A quién enviaré?» (ibíd.). Esta llamada viene del corazón de Dios, de su misericordia que interpela tanto a la Iglesia como a la humanidad en la actual crisis mundial.

En este contexto, la llamada a la misión, la invitación a salir de nosotros mismos por amor de Dios y del prójimo se presenta como una oportunidad para compartir, servir e interceder. La misión que Dios nos confía a cada uno nos hace pasar del yo temeroso y encerrado al yo reencontrado y renovado por el don de sí mismo.

La misión es una respuesta libre y consciente a la llamada de Dios, pero podemos percibirla sólo cuando vivimos una relación personal de amor con Jesús vivo en su Iglesia.

Los relatos de vocación del Antiguo Testamento nos familiarizan con la idea de que ser llamado por el Señor no es fruto de una conquista o el término de una búsqueda. Todas las narraciones en torno a la llamada conservan la huella intencionada de un encuentro sorpresivo, inesperado e inmerecido.

Isaías piensa en Dios como un rey poderoso, sentado en un trono y aclamado por sus servidores. Dios es «santo», es decir,



totalmente justo, honesto, veraz, auténtico. Ante él, Isaías se siente pequeño, limitado... Pero el encuentro con Dios lo transforma; el fuego purifica sus labios y, aunque no lo merezca, lo hace digno.

Lectura del libro de Isaías 6, 7 - 8

“Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca y dijo: «Mira, esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado.» Entonces escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía?» Yo contesté: «Aquí estoy, envíame.»”

Música oracional

Escuchamos a los testigos

Leví

Cuando le vi delante de la mesa donde cobraba los impuestos, yo sabía apenas nada de él. Desde mi condición de publicano, soy consciente de cuánto desprecio y hasta odio suele reflejarse en los ojos de quienes se me acercan; por eso me quedé asombrado cuando sentí que aquel desconocido me miraba con franqueza y cordialidad, sin asomo de reproche ni de juicio, como un amigo que se dirige a su amigo: *“Leví, te necesito, vente conmigo”*, me dijo. Y mi primer estupor no me impidió levantarme de mi mesa y aceptar la ocasión de comenzar una nueva vida.



“Vente conmigo” (Testimonio misionero)

Aquí estoy, Señor, con mis luces y mis sombras, con mi generosidad y mi fragilidad, pero también con mucha ilusión y alegría por la misión que realizo.

Envíame a mi pequeño servicio para ser transmisora de tu ternura y misericordia hacia todos aquellos con los que convivo. Como decía San Vicente: “Sólo por tu amor te perdonarán los pobres el pan que les das”. Envíame, Señor, soy frágil pero tu fuerza me acompaña, las necesidades de los pobres son muchas pero cada día siento con más fuerza que no estoy sola, que lo importante no es hacer muchas cosas sino cómo se hacen: pocas cosas, con mucho amor.

Es un gran regalo del Señor esta misión a la que me ha enviado y poder poner aquí este pequeño granito de arena en la playa de la solidaridad, porque como decían los sabios: “Muchas cosas pequeñas hechas por mucha gente pequeña en muchos lugares pequeños pueden cambiar el mundo”. No dejo de dar gracias a Dios por el gran don de la vocación, y cada día estoy más segura que el Señor gusta de los más frágiles, de los más débiles, para realizar su misión. Así que no tengamos nunca miedo a dar la respuesta, ¡el Señor ayuda!

Música oracional

🔔 Contempla tu vida, déjate mirar por Jesús hoy, escucha la llamada que dirige en la situación concreta en que te encuentras, ¿de qué “mesa” tienes que levantarte para vivir con mayor radicalidad el seguimiento de Jesús?

Tadeo

Yo en cambio me resistí al principio a seguirle. En un primer momento de generosidad le dije: *“Te seguiré a donde vayas”*, pero cuando le oí decir que tenía que estar dispuesto a vivir itinerante y a no contar ni con un lugar donde reclinar la cabeza, me eché atrás.

Cuando volví, pensando que me rechazaría por mi actitud cobarde, Él puso su mano sobre mi hombro y me dijo sonriendo: *“Ahora eres como un pájaro sin nido pero no tengas miedo, estás conmigo...”*.

“Saberme en Tus manos” (Testimonio misionero)

Desde mis primeros años de vocación me sentía llamada a llevar la Buena Nueva a otros pueblos, era como una llama que ardía dentro de mí y nunca se apagaba. Sabía de mi debilidad, tenía miedo pero confiaba plenamente que Él iría delante de mí, que me amaba y me enviaba para hacer llegar su mensaje al corazón de tantas personas heridas por la injusticia, el hambre, la pobreza, la falta de dignidad.

Hoy, desde la misión, cada día quiero responder al Señor: *“Aquí estoy, envíame”*. Él sabe de qué barro estoy hecha y sólo desde la certeza de saberme en sus manos, voy enviada al encuentro de este pueblo y a llevar la Buena Noticia a través de un gesto, una palabra, una actitud o una acción. Sólo desde Él puedo transmitir la alegría y la felicidad de haberle conocido.

Soy feliz, inmensamente feliz, llegando al corazón de ese niño carente de amor, de ese profesor, de ese joven desorientado, de esa madre sin recursos, a las familias

vulnerables, a las niñas en riesgo, a los ancianos que cada día buscan el pan para sus nietos huérfanos... Hoy y siempre: *Aquí estoy, Señor, envíame.*


Música oracional

🔔 *Pon nombre y rostro a los testigos que tienes cerca, también a aquellos que pueden pasar desapercibidos si no te detienes... Da gracias a Dios por cada uno de ellos.*



Comprender lo que Dios nos está diciendo en estos tiempos de pandemia también se convierte en un desafío para la misión de la Iglesia. La enfermedad, el sufrimiento, el miedo, el aislamiento nos interpelan. Nos cuestiona la pobreza de los que mueren solos, de los desahuciados, de los que pierden sus empleos y salarios, de los que no tienen hogar ni comida. En este contexto, la pregunta que Dios hace: «¿A quién voy a enviar?», se renueva y espera nuestra respuesta generosa y convencida: «¡Aquí estoy, envíame!»

Dios continúa buscando a quién enviar al mundo y a cada pueblo, para testimoniar su amor, su salvación del pecado y la muerte, su liberación del mal. Pedimos al Señor que ponga en el corazón de los jóvenes el deseo de responder con generosidad y alegría a su llamada, y la valentía de entregarse por entero para servirle en la persona de los más pobres.

 Podemos expresar nuestras peticiones, acción de gracias o compartir algo de lo que el Señor nos ha inspirado en la oración.

Canto: “Por ti, mi Dios cantando voy, la alegría de ser tu testigo, Señor” ó “Es hora de ser tus testigos Señor...”

Terminamos rezando juntas:

Oración de la Campaña Domund 2020

Señor, me da miedo lo desconocido,
me veo insignificante y débil,
pero me fío de Ti, que me amas
y has querido contar conmigo
para llegar al corazón de otros.

Aquí estoy, envíame.

Tú me muestras la Iglesia entera,
mucho más allá de lo que alcanzo a ver.
Señor, quiero ayudar a que tu Evangelio
siga sanando la dignidad herida
de tantas personas en el mundo.

Aquí estoy, envíame.

Tú puedes hacer de mí
un cristal que te transparente
ante quienes no te conocen,
ante quienes sufren la injusticia,
el dolor, la enfermedad, la pobreza,
el hambre de pan, el hambre de Vida.

Aquí estoy, envíame.

Amén.



*Tu mies es mucha,
pero los obreros son pocos.
Te rogamos a Tí, dueño de la mies,
que envíes obreros para tu cosecha.
Multiplica la familia y aumenta nuestra alegría,
para que crezca la ciudad de Dios.*

(cf. Esperanza de Israel)